

tomó el trabajo de corregir por sí mismo el recurso, ó por mejor decir, de variarle enteramente, y de sustituir aquellas cosas que juzgó que harían mas fuerza al tribunal de ritos, adonde debia remitirse segun la práctica antigua. Los servicios hechos al estado por los misioneros, y en particular por los padres Schaal y Verbiest: sus continuos desvelos por el adelantamiento de las ciencias, y principalmente de las matemáticas tan apreciadas en la China: la nueva artillería empleada con tan buen éxito para sujetar á los rebeldes y acabar la guerra civil: la paz felizmente concluida en Nipchou entre la China y Moscovia: en una palabra, todos los servicios hechos al imperio Chino por sus misioneros, se presentaban con una individualidad y con una valentía de que ellos no se hubieran atrevido á usar, y que eran necesarias tratando con los chinos, así por razon del interés, que es su móvil en todas las cosas, como por el agradecimiento de que siempre hacen alarde.

40. Nada se logró á pesar de todas estas precauciones; pues el tribunal de ritos, demasiado adicto á las preocupaciones de su patriotismo, y contrario en todos tiempos al establecimiento del cristianismo, respondió que era indispensablemente necesario estar á las antiguas leyes, y prohibir á los chinos el egercicio de la religion de los europeos. Pero lo que mas affligió á los misioneros, fue que el Emperador, á quien se presentaron llenos de consternacion, les dijo que el mal no tenia remedio, ni podia hacerse otra cosa que tener paciencia. En la China es casi ilimitado el

poder del Príncipe; pero es obligacion esencial suya la de atemperarle á las leyes. Así es, que contra su inclinacion y contra todos los pasos que habia dado, confirmó la prohibicion del tribunal, la que de otro modo no hubiera tenido efecto. Considérese cuanta pesadumbre causaria á los misioneros esta noticia. Lo habia previsto el Emperador, y no dejaba de sentirlo. Preguntó á un ministro, que tenia mucha intimidad con ellos, qué decian los padres de lo que habia ocurrido. „ ¡Ay! Señor (respondió el ministro), unos están enfermos y medio muertos, otros han perdido el uso de la palabra, y están todos tan penetrados de dolor, que no hay quien no los compadezca. ” „ Yo no sé (replicó el Emperador) qué tienen los mandarines chinos contra los europeos. Les habia manifestado yo con bastante claridad el deseo que tenia de favorecer á la ley de Dios, y sin embargo no quieren que sea admitida en el imperio. Pero que no desconfien esos buenos europeos. Id, y decidles que tengan un poco de paciencia, y que no se abandonen al dolor. Yo cuidaré de dejarlos contentos en su pretension. ”

Dió parte de sus disposiciones al Príncipe Sosan, de quien sabia que era muy amigo de los misioneros como lo manifestó muy bien en esta ocasion. Quejándose el Emperador de los mandarines chinos, mas obstinados que los tártaros en no querer dar curso en el imperio á la religion cristiana: „ ¿cómo permitís, Señor (replicó Sosan), tan grande injusticia? ¿Por ventura mandan los chinos? ¿Con qué derecho se oponen á vuestra voluntad? Vos honrais á los europeos



con vuestra benevolencia : ellos os sirven mucho tiempo ha con una adhesion perfecta y una fidelidad inviolable. ¿Qué tienen que censurar en la religion de Europa esos chinos encaprichados? Los que la condenan, no la conocen. Por lo que á mí toca, la he examinado con la mayor atencion, y no hallo cosa mas conforme á la recta razon y á las primeras leyes de la naturaleza. ¡Ojála se profesase y practicase exactamente en todo vuestro imperio! No volveríamos á ver en él ladrones, adúlteros, bandidos rebeldes, ni tendríamos necesidad de mantener tantas tropas para librarnos de la violencia y del desorden. Ya hace treinta años que reina vuestra Magestad con gran sabiduría y vigilancia. En todo este tiempo, ¿ha recibido alguna queja fundada contra los misioneros, ó contra los chinos que siguen su doctrina? A lo menos puedo contestar que en los diez años que he servido el empleo de *colao*, jamás se me ha dado ninguna queja contra unos ni contra otros. ¿Pues por qué quieren los chinos que se proscriba una religion tan saludable y racional, cuando se permiten en la China las sectas de los lamas, de los hochanes, de los mahometanos y otras semejantes, cuya impostura y estravagancia escitan el desprecio de todas las gentes sensatas? Además, no ignora vuestra Magestad que el único motivo de la religion es el que impele á estos virtuosos extranjeros á venir á vuestros estados desde unos países tan remotos. No buscaron riquezas, honores y dignidades; y lo que tanto lisongea á los demás hombres, lo miran ellos con indiferencia. Por

otra parte, como no tienen familia ni otra persona que pueda aprovecharse de los servicios que hacen á este imperio, es de temer que si se les niega la única cosa que desean con ardor, no quieran venir á servirnos desde tierras tan distantes."

„Teneis razon (respondió el Emperador); pero la sentencia está dada, y yo la he confirmado. ¿Qué arbitrio me queda?" „Vuestra Magestad tiene el poder supremo (replicó el Príncipe). No me toca prescribiros el modo con que debéis usar de él." El Emperador estuvo pensativo algunos momentos; y volviéndose despues al Príncipe con resolucion le dijo: „Voy á mandar al tribunal de ritos que recoja la sentencia que ha dado, y vuelva á abrir el juicio; pero es necesario que vayais á hablar á los mandarines, y les hagais ver la injusticia de su primera sentencia, como me la habeis demostrado á mí." Prometió el Príncipe hacerlo, y cumplió tan bien su palabra, que todos los miembros del tribunal depusieron sus preocupaciones, ó á lo menos lo dieron á entender así. Al principio habia mandado el Emperador que solo los mandarines tártaros, como que eran los que estaban mas dispuestos á complacerle, procediesen á este nuevo juicio; pero manifestando los chinos las mismas disposiciones, protestaron además que no tenían ningun rencor contra los europeos ni contra su religion: que si hasta entonces habian opinado que no convenia permitir la públicamente, era por la circunstancia de ser estrangera en la China; y que si se llegase á permitir la por ley, era de temer que dentro



de poco tiempo la abrazasen todos los vasallos del imperio. A lo que replicó el Príncipe Sosan, que esta seria la mayor felicidad de la China, porque desde entonces cesarian todos los crimines y disturbios, y la nacion seria la mas virtuosa y la mas feliz de toda la tierra, así como era ya la mas prudente y poderosa.

41. De este modo se quitaba á los chinos todo motivo de queja, al mismo tiempo que se daba la forma mas legal y la mayor autenticidad al edicto, cuyo tenor es el siguiente: „Hemos deliberado sobre el asunto de los europeos, y hemos visto que han atravesado mares inmensos para venir desde las estremidades de la tierra á este imperio. En él tienen actualmente la intendencia de la astronomía y del tribunal de matemáticas. Se han dedicado con mucho esmero á construir máquinas de guerra y á fundir cañones; lo que fue de mucho auxilio en las últimas guerras civiles. Cuando acompañaron á nuestros embajadores á Nipchou para tratar de paz con los moscovitas, hallaron el medio de que la negociacion tuviese un éxito feliz. En una palabra, han hecho al imperio servicios importantes. Jamás se les ha acusado en nuestras provincias de haber hecho ningun mal ni cometido ningun desorden. La doctrina que enseñan no es mala: es incapáz de seducir á los pueblos y de causar disturbios. Se permite á todo el mundo concurrir á los templos de los lamas, de los hochanes y de los tassoos; y se prohíbe ir á las iglesias de los europeos: esto no parece razonable. Es, pues,

necesario dejar todas las iglesias del imperio en el estado en que estaban antes de ahora, y permitir á todo el mundo que vaya á ellas á adorar á Dios, sin inquietar á nadie sobre este punto. Fecho por los ministros del tribunal pleno, el dia tercero de la segunda luna del año treinta y uno del reinado de Cam-hi, esto es, á 20 de Marzo de 1692.” El dia siguiente confirmó el Emperador esta sentencia, y desde entonces adquirió fuerza de ley en todo el imperio.

Los misioneros, despues de dar gracias á Dios por el triunfo de su Evangelio, fueron todos juntos á palacio, para manifestar al Emperador el agradecimiento de que estaban penetrados. Bien conoció éste que no podia haberles concedido una gracia mas apreciable para ellos. En efecto, no habia cosa mas importante para el sólido progreso del cristianismo en la China. Los sucesores de Cam-hi podian variar de disposiciones, y efectivamente variaron algunos; pero siempre queda en este imperio un título auténtico á favor de la religion verdadera: abolida ya de un modo legal la calificacion de nueva, estrangera y bárbara, que es el anatéma mas odioso para esta nacion, está quitado el mayor obstáculo que habia para que se convirtiese. ¡Cuántos progresos no hizo el cristianismo en la China desde esta época feliz! Inmediatamente despues de la primera publicacion del edicto, el cual se publicó al punto en los departamentos de las provincias, esto es, en cerca de dos mil tribunales, muchos paganos que hasta entonces se habian detenido por el temor de las leyes, buscaron quien



los instruyese, y recibieron el bautismo. Siguieron este egemplo varios mandarines, no menos respetables por sus talentos que por sus empleos. Se vieron en todas las provincias conversiones extraordinarias, y fue tan grande el número de las personas que se presentaron á abrazar el cristianismo, que no bastando los misioneros del país, fue necesario que acudiesen otros de diferentes partes.

42. La fama de lo que sucedia en la China, nacion tenuta por la mas sábia del oriente, produjo efectos maravillosos en los reinos de Cochinchina, Tunquin, Siam, y aun en la India propriamente tal. El Evangelio se hallaba establecido desde mucho antes en las costas de Malabar y de Coromandel, sin haber casi penetrado en el interior de las vastas regiones que comprenden. Es verdad que el padre de Nobilibus (1), sobrino del cardenal Belarmino y resobrino del Papa Marcelo II, habia llevado la fe hasta el centro de aquella vasta península, en el reino de Maduré, siendo el primero que abrió esta vasta carrera á los predicadores inflamados del mismo celo y valor; pero habia hallado unos obstáculos casi insuperables para el establecimiento de la verdadera religion en la ciencia imaginaria de los bramas ó bracmanes, que son á un mismo tiempo los nobles y los doctores del país, y están encaprichados sobre toda ponderacion con la que llaman ciencia. Sin embargo, convirtió á muchos insinuándose con ellos por medio del vestido

(1) *Vid. del P. Britto. p. 48 y sig.*

y del método de vida de los sanias ó bracmanes penitentes, que á causa del rigor de sus austeridades son oidos como santos, y como los maestros de la ley. Su alimento se reduce á un puñado de arroz cocido con agua sola, y no le toman mas de una vez al dia al ponerse el sol.

43. El fundador de esta mision no hizo propriamente mas que desmontar y sembrar, dejando á sus sucesores la satisfaccion de recoger el fruto, que fue muy abundante, cuando la fe cristiana, mirada con respeto en todo el oriente á motivo del edicto que la autorizaba en el mas poderoso y mas sábio de sus imperios, inspiró á los indios ideas favorables en órden á ella, ó á lo menos frustró los designios de sus falsos sábios. Siguiendo los nuevos misioneros el método del que les habia abierto el camino, continuaron practicando, con toda la buena fe que prescribe el Evangelio, la austeridad que por lo comun solo era aparente en los secuaces de la idolatría: por lo que acaso fue esta mision la mas penosa de todas. Los enemigos mas declarados de semejantes obras de Dios, hacen una escepcion á favor de ésta en las calumnias que vomitan contra la mayor parte de las otras.

El vestido de los misioneros es un pedazo de tela amarilla, con la cual cubren el cuerpo y echan una punta encima de la cabeza (1). El calzado son unas suelas de madera, que no cubren el pie por arriba ni tienen lazos ni correas, para que no quede en ellos la arena ardiente del país. Solo están sujetos con una

(1) *Cart. edific. t. 13. p. 6. etc.*



clavija que pasa por entre los dos primeros dedos del pie, y esto es, á lo menos en los primeros tiempos, una de las mayores mortificaciones de los misioneros, pues se les hinchan y llenan de sangre los pies por espacio de cinco á seis meses, hasta que llega á formárseles callo. En cuanto al alimento, se abstienen absolutamente de carne, de pescado, y aun de pan y de vino, que son cosas desconocidas en la India, de suerte que cuesta mucho trabajo adquirir lo que se necesita para la misa. Solo pueden alimentarse con arroz cocido en agua sola, con legumbres sin ningun guiso, con yerbas insípidas ó amargas, y con frutas que por la mayor parte no tienen sabor ninguno. Su mayor regalo es un poco de leche cruda. Aun el agua que beben es fastidiosa cuando están léjos de los ríos, que son poco comunes en aquellas tierras áridas. Si se abren pozos, no se encuentra en ellos mas que agua salada, y es necesario recurrir á la de los estanques y lagunas encenagadas. Además, están obligados los misioneros, como los sanias, á un ayuno perpétuo, que consiste en una comida única. A lo mas pueden tomar por la noche alguna fruta ó conservas del país, esto es, una mezcla de harina de arroz, pimienta y azucar negro. Todo su menage consiste en tres ó cuatro vasijas de tierra: en una se pone lo que sirve para el altar: en las otras se tiene el arroz y las demás provisiones. Las hojas de ciertos árboles sirven de mesa, mantel, servilleta y platos. Encima de estas hojas se amasa el arroz con las yerbas, y no hay que tratar de cucharas ni tenedores. Los misioneros

dormian antiguamente en la dura tierra, en una choza de barro cubierta con paja ó con juncos. Las frecuentes enfermedades causadas por la humedad, los obligaron á tender una piel de tigre encima de unas tablas, para obviar este inconveniente y otros peligros mucho mas próximos. Pero no siempre ha bastado esta precaucion.

44. Las serpientes y los reptiles venenosos de todas clases hormiguean en las Indias, y se introducen con mucha facilidad en las cabañas, donde encuentran un resguardo contra los ardores del sol. El padre Bouchet, no menos célebre por el talento que manifiestan sus cartas eruditas, que por sus trabajos y frutos apostólicos, volvía á su cabaña ó choza despues de haber pasado la mitad de la noche confesando una porcion de neófitos, que habian ido desde muy léjos. Su fortuna fue que habia dejado luz por inadvertencia y contra lo que acostumbraba, pues vió que en las tablas donde iba á echarse habia un serpenton negro como un azabache, que son los mas peligrosos. Es tan mala su mordedura, que suele matar en menos de un cuarto de hora. Llamó á sus catequistas, los cuales le dejaron allí muerto; pero si no hubiera dejado luz en el cuarto, parecia sin recurso. Es verdad que los indios tienen escelentes remedios contra estas mordeduras, pero es muy difícil acudir con la prontitud que se necesita para evitar todas sus malas resultas.

Otra vez, estando ya acostado el mismo misionero, oyó ruido en la paja que formaba el techo y el



suelo de su cabaña. Sin embargo, se quedó dormido creyendo que serian ratones, tan comunes en la India como los demás insectos. Pero fue terriblemente sorprendido, cuando al entrar la luz del dia, vió una serpiente de las mas temibles, que estaba colgada por la mitad del cuerpo encima del parage donde él habia pasado la noche. Otra vez, estando leyendo á su lado un catecúmeno suyo, cayó sobre el libro una serpiente, y no les hizo ningun daño. Podriamos citar otros muchos egemplos semejantes, si no bastasen éstos para conocer el cumplimiento de la promesa hecha por el Señor á los ministros de su Evangelio, de que no les dañarian las serpientes ni los venenos. En efecto, al cabo de tantos años que los operarios evangélicos están recorriendo las Indias, en que hay tan gran número de estos reptiles, no se ha oido jamás que ninguno haya sido mordido de ellos.

Los tigres, igualmente numerosos y tan carniceiros en aquellos países, que van á devorar á los hombres en las habitaciones campestres, y aun llegan á las puertas de las ciudades: los leopardos, los elefantes silvestres y los mónstruos de todas clases, parece que respetan tambien á los varones apostólicos que están siempre corriendo de una parte á otra para ganar nuevas almas á Dios, ó á lo menos para sostener la fe y la piedad de diez, veinte, ó treinta mil fieles, dispersos en parages muy distantes, y que no suelen tener mas que un pastor. Necesitan atravesar á pie arenales ardientes en un país tan caluroso, que hay misionero que ha mudado quince ó veinte veces la

epidermis de la cara; ó en tiempo de lluvias andar por el lodo hasta media pierna, pasar por lagunas y arroyos con el agua hasta los pechos; y si hay rios, como allí no se conocen los puentes, y aun son muy pocas las barcas; es menester pasarlos sobre algunos pedazos de madera parecida al corcho, ó abrazándose con una gran vasija de tierra, vacia y sin ninguna abertura, estando en un continuo riesgo de que se rompa y de perecer. Muchas veces no se puede viajar sino de noche, por no caer en manos de los perseguidores del cristianismo, ó en las de los ladrones, de los cuales hay tribus enteras, ó entre las tropas y partidos de los gobernadores ó principillos, que en un país sin policia y sin política, se hacen perpetuamente una guerra inhumana, sin que el Soberano tome ninguna parte en sus desavenencias. No se pasa un mes sin que haya de esta especie de guerras en algunos parages de las misiones. Entonces es preciso apartarse de los caminos trillados, é internarse por malezas casi impenetrables. Y en medio de tantas fatigas no hay mas alimento que un poco de pasta de arróz, que por lo comun suele estar ágría. Frecuentemente es el término de la carrera una cárcel, cuya descripcion causaria horror; y si el misionero no pierde allí la vida, sale tan desfigurado, por suerte que sea su complexion, que no tanto parece un hombre vivo como un muerto desenterrado. No hay cosa mas comun que estas prisiones: apenas hay misionero que haya tenido la felicidad de librarse de ellas; y se citan muchos que fueron encarcelados dos veces en un año.